



## Guy Debord sonríe desde el palco

Guy Debord smiling from the stage

**Luisa Alejandrina Pillacela Chin**  
Universidad de Salamanca (España)  
[estudios.arte.actual@gmail.com](mailto:estudios.arte.actual@gmail.com)

**Silvia Catalina Narváez Torres**  
Universidad del Azuay (Ecuador)  
[snarvaez@uazuay.edu.ec](mailto:snarvaez@uazuay.edu.ec)

Recibido: 25 de mayo de 2021

Aceptado: 28 de julio de 2021

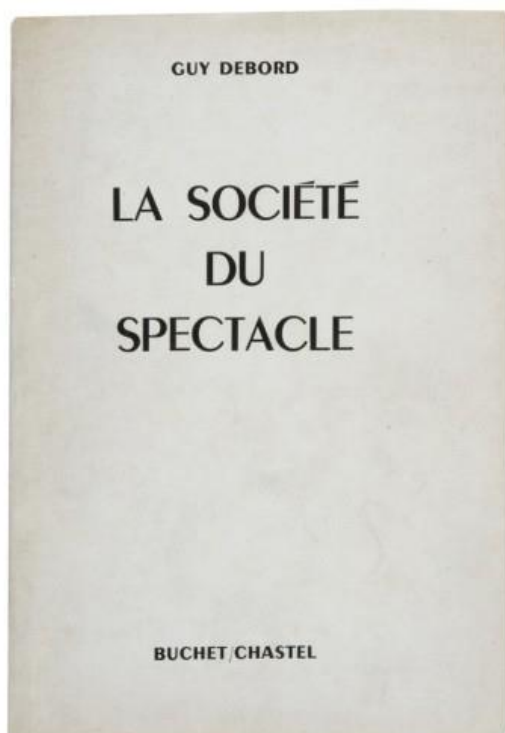
*Los libros de Debord constituyen el análisis más lúcido y severo de la miseria y servidumbre de una sociedad —esta del espectáculo, en la que vivimos— que hoy ha extendido su dominio sobre todo el planeta.*

-Agamben-

En 1967 Guy-Ernst Debord selló su pensamiento en *Sociedad del Espectáculo*, un ensayo pergeñado de sentencias ante las cuales los ojos no pueden cerrarse, y reaccionando — ora con lamentos, ora levantando el puño— contra el materialismo capitalista en un mundo donde el ascenso del socialismo también producía incógnitas.

La *Sociedad del Espectáculo* consta de 221 párrafos que postulan la hipocresía de la cultura e inducen a que se nos revuelvan las entrañas a la vista de ese espejo de nuestra vida citadina, provocadora, agresiva, anegada por imágenes de productos de consumo tan descartables como nuestra conciencia, y que casi siempre blanden una invitación a la persecución del éxito personal sin demasiados escrúpulos, que es en el fondo la consigna de nuestros días.

Hacer un examen de conciencia, en un momento donde no hay marcha atrás, era para Debord reconocer las inmoralidades de la vida cotidiana. Admitirlo tampoco nos haría cambiar de hábitos y, aun así, alzó la voz para incitar revulsiones. Con el tiempo, entre el mar de mensajes de la posmodernidad, todos hemos escuchado, naturalizado e ignorado sus bien enumerados aforismos.



En la sociedad moderna las condiciones de producción y acumulación se reflejan en el ideario gregario de la cotidianeidad, que está plagada de espectáculos que representan e imitan a la vida. Debord ve al mundo cabeza abajo, como ese cuento infantil de las mentiras donde “la verdad es solo un momento de lo falso”. Un mundo en el que — a pesar del influjo del materialismo— la teología sigue superando a la filosofía como fuerza de pensamiento.

La lectura de los pequeños epígrafes, numerados a manera arábica, en que Guy Debord estructura *La sociedad del espectáculo*, tiene algo de momento profético. O al menos, en esta crítica emergida desde la conciencia de clases y el socialismo, se percibe cierta inspiración oracular.

En la sociedad de la productividad, el mercado y las máquinas (y eso que Debord no había vislumbrado la era digital) cada acción parece corresponder al interés de los de arriba. Solo hay que trascender esta idea y considerarla una verdad ontológica para que todo tenga sentido.

Para que se extienda y vaya in crescendo el espectáculo (ese producto derivado del poder y sus ficticias separaciones, puesto que todos los estamentos se adhieren a un mismo concepto y se reconocen entre sí para prolongar el estatus quo social) vivimos la realidad cotidiana como algo pseudosagrado.

El espectáculo es la esencia de una sociedad donde cualquier cosa puede estar permitida, pero también hay muchas imposibilidades. La mercancía somos nosotros, los seres humanos, y nuestro mercado es el contexto social. Nos relacionamos entre nosotros comercialmente como si se tratase de un paso más de la evolución, y nos hemos acostumbrado a vivir en un mundo donde unos son sumisos y otros dominantes.

Tener conciencia de ello y racionalizarlo no va a hacer que esta verdad cambie. La gente, conformista por naturaleza, ha adoptado una actitud contemplativa, actuando cada cual como espectador pasivo de la sociedad del espectáculo.

Debord enfatiza que el desarrollo de las fuerzas productivas ha sido el objetivo velado de la humanidad: ha sido su empresa inconsciente. La mercancía, el excedente de lo preciso para la supervivencia, promueve el intercambio de productos. Sin embargo, una vez superada la artesanía, se llega a un campo histórico donde rige la acumulación de capitales, y es ese el instante que domina la actual economía. Bajo una aureola de supuesta abundancia, con un discurso falsamente atribuido a aumentar las posibilidades de supervivencia y búsqueda de la liberalización, las sociedades crecen y, al mismo tiempo, esclavizan y alienan el trabajo humano.

Así, con ominoso gesto, es posible sentenciar: “El espectáculo es el momento donde la mercancía consigue la ocupación total de la vida social”. Y es ahí que Debord nos recuerda la vigente superabundancia de mensajes publicitarios. Vivimos en la dictadura de la mercancía, y son los países industrializados los que mejor (o más imperialistamente) dominan los mecanismos de productividad. Las masas consumistas compran y compran como si fuera su deber ciudadano.

Atrás quedaron los sueños de Marx acerca de la legitimidad del proletariado y el desarrollo histórico de los modos de producción que concluía con una revolucionaria lucha de clases.



Los obreros de las sociedades fundamentadas en el sector terciario, los servicios, dedicados a la distribución, y que son los mayores generadores de nuevos empleos, no se han alzado espontáneamente contra el señorío del capital. La realidad del mundo de la producción parece inamovible.

Solo ha habido revueltas de esclavos frente a la burguesía, rencillas entre siervos y amos, en tanto el Estado, como vemos en la actualidad, ha seguido disfrazando sus instrumentos opresores con la idea de una gestión económica supuestamente sometida a los designios de la economía global.

Los medios de comunicación de masas y su carácter ilusorio fomentan la esquizofrenia social. La televisión, pantalla tradicional del espectáculo para difundir mercancías y políticas mercantilistas en un discurso unilateral, ahora se ha trastocado por las pantallas de los medios digitales. Y aunque la Web 2.0 presuma de hacernos intervenir, la situación social de “autismo generalizado”, de la que ya advertía Debord, está más vigente que nunca. Por eso, cuando el autor enuncia: “En una sociedad donde nadie puede ya ser reconocido por los otros, cada individuo se vuelve incapaz de reconocer su propia realidad”, no podemos más que advertir una premonición de lo que un día acontecería con las redes sociales.

En la sociedad subyace el halo de lo sagrado y la ilusión religiosa. Lo notamos en el fervor de los fans hacia los cantantes y los protagonistas de populares competiciones deportivas. Pareciera que la gente precisara creer en algo porque nadie tiene fe en sí mismo. Nadie se siente dueño de su voluntad, manipulable por cualquier mensaje mediático.

Llevamos vidas terrenales y aspiramos a una vida celestial. Todos nos consideramos habitantes de un paraíso perdido y nuestro subconsciente busca la redención en un más allá localizado en cualquier icono, fantasmagoría o ilusión, ocasionalmente de carácter técnico, como los mass media.

Vivimos hoy un proceso de incesante expansión. La globalización, marcada por la producción de bienes abstractos, es la raíz de esta sociedad, cada vez más deshumanizada.

Y lo es porque la consciencia del entorno que nos hacía humanos, la individualidad y el saberse parte de una comunidad, no termina de hallar hálito para subsistir.

El concepto de espectáculo nos habla, precisamente, de la representación del mundo. La población planetaria es, de manera general, espectadora de un show donde apenas logra intervenir, pero cuyo lenguaje comprende y puede mantener una relación indirecta.

Estos procesos —propios de la economía— se aprecian en la sociedad a través de la cultura, que busca la dominación de las mentes con una vehemencia casi imperialista. La cultura, desde una ilusoria autonomía, se siente vacía, insuficiente y teme desaparecer. Como consecuencia busca su propio incremento. Las técnicas de reproducción y transmisión de la revolución industrial están en la esencia de la cultura contemporánea. Las personas normales nos sentimos atraídas invariablemente por estos sistemas de difusión y su sensacionalismo. No percibimos que la vida moderna, hasta sus capas más inmateriales, se ha sometido al materialismo.

Cualquier mensaje que provenga de la cultura vigente —incluido este mismo texto— es algo relativamente cuestionable. En la medida en que todo está construido para influir en los niveles de consumo, hasta esta frase que usted lee es parte de espectáculo.

## Referencias

- Agamben, G. (1998). Le cinéma de Guy Debord. En Dell'Omodarme, M. (Trad.). *Image et Mémoire* (pp. 65-76). Hoëbeke.
- Debord, G. (1967). *La Société du Spectacle*. Buchet Chastel.
- Jappe, A. (1998). *Guy Debord*. Editorial Anagrama.
- Mandosio, J-M. (2006). *En el caldero de lo negativo*. Ed. Pepitas de Calabaza.
- Martos, J-F. (2012). *Historia de la Internacional Situacionista*, Editorial Montemira.